

sea misterioso. La mujer parte en su busca y goza con su encuentro o supone que es El quien la hace gozar. El varón es el vehículo subjetivo, enmascarado de Yo, que asiste a la ceremonia con su notoria diferencia. Es un auxiliar pero privilegiado y definidor. Por eso existe, al revés que la mujer, que está ahí, siempre, pero sin existir. Y un tercero en discordia-concordia: el lenguaje, que nunca veremos como tal, sino disimulado en palabras, gestos, tonos, ademanes, signos.

**El monoteísmo como problema político,** Erik Peterson, traducción de Agustín Andreu, prólogo de Gabino Urbarri, Trotta, Madrid, 1999, 137 pp.

Aristóteles explicó la conveniencia de la monarquía porque no es bueno que muchos manden. Desde entonces se ha intentado fundar la institución monárquica tanto en razones terrenales como en bases sobrenaturales. El helenismo, elaborando la fe judía en un Dios único, concluyó que el cristianismo debía apoyar la existencia de un rey único como la divinidad, un emperador. Pero tropezó con el dogma de la Trinidad y la existencia de dioses locales, respetados por el poder romano. Cuando Cristo nació, ya apenas había reinos particulares, de modo que la identificación Cristo-Emperador no resultaba difícil.

De hecho, Cristo aparece en numerosos textos de la Iglesia primitiva como *rex* o *imperator*. Él dijo que su reino no era de ese mundo, pero ¿significaba el aserto que no era terrenal o no era actual? ¿Es Cristo el rey de un dominio extraterrestre o de la Tierra futura? Desde luego, la cosa da para mucho y, como siempre en el cristianismo, para soluciones encontradas y beligerantes entre sí.

Peterson (1890-1960), teólogo alemán y prudente, se inclina a favor de la espiritualidad. El monoteísmo no sirve para justificar ningún poder terrenal porque se reduce, en tal caso, a instrumento mundano. Cristo reina, pero no en la Tierra, donde ha venido a revelar la verdad y a ser sacrificado, ya que ambas cosas van necesariamente juntas. Con todo, se sigue especulando con un Cristo Rey, que enfrenta al padre con el hijo y al hermano con el hermano, dispuesto a ser el antiguo Dios de los Ejércitos o un barbudo y atrevido guerrillero tercimundista.

**Figuras de lo pensable,** Cornelius Castoriadis, traducción de Vicente Gómez, Cátedra, Madrid, 2000, 293 pp.

El griego Castoriadis (1922-1997), escritor francófono, desple-

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS n.º 605.

Noviembre 2000

gó variados saberes, que aparecen ejemplificados en esta miscelánea de sus últimos años: filología clásica, marxismo autocrítico, psicoanálisis, epistemología de la ciencia, economía política, socialismo de aquella manera (el de su revista *Socialisme ou barbarie*). Defensor de la historicidad del hombre, de su autonomía individual y social, moderno, en suma: a su vez, reconocedor de la insanable imperfección de toda empresa humana, a contar desde la más ambiciosa y sólida, el capitalismo; aceptador de la economía política, pero no de su carácter científico preciso y previsor; demócrata, pero a la manera fundacional de la democracia, como la autogestión de toda la vida social; etcétera.

Didáctico y diáfano, Castoriadis se mete entre disciplinas cercanas pero dispares, demostrando su habilidad para pensar cosas heterogéneas como la guerra y la neurosis, el odio como afecto fundamental a la madre y a la sociedad (en consecuencia: a uno mismo y a los demás), el caos y las determinaciones de los objetos por medio del número y el espacio.

Castoriadis tuvo sus bestias negras y las exhibe en su zoológico particular: Heidegger, Lacan, las instituciones ortodoxas, los políticos conservadores de diverso pelaje, la concepción totalitaria de la vida. La suya es una defensa de lo imaginario social y la imaginación

individual, como campo de lo indeterminado, lo creativo, lo futuro: la libertad entendida como manos a la obra, como ejercicio concreto y asociativo de esa indeterminación. Un siglo extremadamente civilizado y bárbaro, liberal y opresor, opulento y miserable, le indujo la necesaria vocación que articuló su vida: buscar espacios de libertad en medio de la sociedad que todo lo condiciona, lo instituye y lo compulsa.

**Historia de la violación. Siglos XVI-XX,** *Georges Vigarello, traducción de Alicia Martorell, Cátedra, Madrid, 2000, 394 pp.*

La historia de los delitos vinculados al sexo tropieza con ciertos inconvenientes cuando se trata de tiempos alejados del nuestro: falta de denuncias, encubrimiento de sujetos de alto nivel social, ocultamiento de hechos por entender que pueden dañar el honor de la mujer violada, negación de los casos de violación homosexual, etc. En estos terrenos, el historiador debe valerse de ajustadas hipótesis.